

formado, según reconoce él mismo. Pero se equivoca: es mucho más que eso: es un órgano de asimilación y de recreación. En cuanto una cultura se vierte en otra, pierde su cuño de origen y se transforma en la de la lengua que la recoge. Los españoles no vivimos sólo de la propia cultura histórica, sino de las culturas extrañas que procuramos asimilarnos de continuo, en arte, en ciencia, en política, con lo cual queremos renovar incesantemente nuestra vieja cultura y hacer de nuestro idioma el exponente de una de las culturas más ricas del porvenir.

Primera medida, pues, de una organización de la cultura hispánica: velar por la existencia del propio idioma, última *ratio* histórica de todo pueblo. Esto determina una acción hispanoamericana frente a la América del Norte y a ese concepto de panamericanismo que ella ha forjado y preconiza. Si los Estados Unidos se limitaran a representar en América una cultura contigua con la hispánica y a promover la compenetración de ambas, nada habría que objetar y antes habría que celebrarlo, porque ninguna cultura moderna me parece tan total y bienhechora como la anglosajona. Pero cuando vemos a ese país emplear su poderío para ir desalojando la cultura hispánica, esforzándose en sustituir la lengua castellana por la inglesa, en varias naciones hispánicas de América, es natural que muchos españoles e hispanoamericanos sientan esa amputación como en carne propia, porque las heridas que sufre una cultura en uno de sus miembros las sienten o deben sentirlas todos.

Esta lucha por el idioma obliga, por tanto, a una acción práctica de hispanoamericanismo; a defender la nacionalidad histórica de todos los pueblos hispánicos, su integridad e independencia, como salvaguardias de la lengua y ésta de la cultura. El hispanoamericanismo debe preceder al panamericanismo en la escala de los valores que vengo trazando.

Pero la homogeneidad de la cultura y la comunidad del idioma traen otra consecuencia inmediata: el imperativo de una civilización también homogénea. No basta que los hombres se entiendan étnica y culturalmente por la misma lengua; es preciso que también se entiendan como ciudadanos de una misma o de distintas ciudades o Estados. Mientras unos pueblos hispánicos estén gobernados por sistemas absolutos y otros por regímenes liberales y democráticos, no habrá hispanoamericanismo posible. Una organización de la cultura hispánica exige, pues, homogeneidad en las formas de gobierno, que, en nuestro siglo, contra lo que piensa y quiere el Sr. Lugones, sólo pueden constituirse sobre principios de libertad y democracia.

Otra condición del hispanoamericanismo es el anhelo de una paz permanente entre sus miembros y, por lo tanto, su incorporación a la Sociedad de Naciones, como el instrumento hasta ahora más adecuado a ese fin, o en defecto de esto, una organización pacífica propia en que sea compulsivo el arbitraje y la ayuda mutua frente a los reales o posibles invasores de otras culturas.

Si el pensamiento del Sr. Lugones concordara con esas proposiciones, reconocería que la organización del hispanoamericanismo, no sólo no es una frase vacía sino un programa histórico tan vasto, que su realización requiere el esfuerzo de muchas generaciones.

También habría de admitir entonces que el Congreso de trabajadores intelectuales sugerido por el Sr. Elmore no es tan quimérico y baldío como da a entender. ¿Pues quién mejor que los trabajadores de la inteligencia, reunidos en cualquier punto de América o de España, podrían articular esos problemas de homogeneidad de lengua, cultura, formas de gobierno y política de paz hispanoamericana?

Pero no es uno, sino muchos, los Congresos de trabajadores intelectuales hispanoamericanos que hacen falta: de hombres de ciencias, de artistas, de escritores; no sólo para estudiar y difundir los problemas genéricos indicados, sino también para ponerse de acuerdo sobre otros específicos de sus respectivas profesiones, como son la mutua divulgación de sus trabajos, la equivalencia del ejercicio profesional en todos los países hispánicos, por de pronto; la defensa de la propiedad intelectual, etc. No, no hay carencia de temas concretos. Sin salirnos de la profesión literaria, ¿no es una vergüenza que circulen tan poco los libros de lengua castellana? Fuera de la nación donde se publican, apenas llegan a las otras. Un libro americano rara vez se ve en España ni en los países circunvecinos de América. Otras veces, cuando interesa un libro, se hacen ediciones fraudulentas por falta de leyes de propiedad intelectual eficaces. ¿No es esta cuestión de una creciente difusión de los libros hispánicos bien concreta y urgente? Incumbe profesionalmente a editores y libreros; pero está visto que si los escritores no intervienen en ella, no se se resolverá nunca.

Y no se diga que una mayor venta de libros hispánicos es materia demasiado parva, idealmente, para un programa de organización cultural. Esa es una cuestión entre mil; pero tampoco la más desdeñable. Una cultura no se produce y desarrolla por generación espontánea, indiferente al medio material que la rodea. Si la cultura hispánica de hoy es harto precaria, no se debe tanto al agotamiento de la raza como a la penuria de estímulos que en España como en América condiciona el trabajo intelectual. En un ambiente más favorable, de conocimiento y de recompensa, la producción literaria, científica y artística hispanoamericana podría ser más fértil en cantidad y calidad. Hacer de todos los pueblos hispánicos una sola nación del espíritu para el curso de sus obras y crear organismos comunes—revistas, Exposiciones, Congresos, Universidades—que las den a conocer y las valoren con un criterio de política cultural, como hacen los franceses: he aquí una tarea de hispanoamericanismo que ni el propio Sr. Lugones puede desdeñar.

Es cierto, en fin, que los escritores somos gentes bastante ocupadas y de cortos recursos materiales para atender a reuniones lejanas; pero con ese criterio ni el cristianismo ni el socialismo—formados originariamente por gentes pobres también—hubieran podido extenderse ni organizarse internacionalmente. Lo que no pueda uno, lo pueden entre varios, asociándose. En España tenemos ya tres organizaciones de escritores, que, con algún esfuerzo, podrían mandar representantes a cualquier parte: la de Autores Dramáticos, bien rica; la Unión de Autores, y el Pen Club. Con que cada República americana hiciera lo mismo, se resolvería la difícil-